

Charles Perrault

# Cuentos completos

Traducción y notas de Jöelle Eyheramunno  
y Emilio Pascual

Ilustraciones de Gustavo Doré



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Griselidis, nouvelle. Avec le conte de Peau d'Asne et celui des Souhairs ridicules*, 1694. *Histoires ou Contes du temps passé*, 1697  
Traducción de Joëlle Eyheramonno y Emilio Pascual

Primera edición: 2001  
Tercera edición: 2016  
Segunda reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Grupo Anaya, S. A. Madrid, 2001  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-379-9  
Depósito legal: M-7.059-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prólogo
  
- Cuentos en verso
- 17 Grisélidis
- 69 Piel de Asno
- 99 Los deseos ridículos
  
- Historias o cuentos de antaño
- 113 La Bella Durmiente del bosque
- 126 Caperucita Roja
- 130 Barba Azul
- 139 Maese Gato o el Gato con Botas
- 147 Las hadas
- 152 Cenicienta o el zapatito de cristal
- 163 Riquete el del Copete
- 174 Pulgarcito



# Prólogo

La manera como el público ha acogido las piezas de esta colección, a medida que se le han ido ofreciendo por separado, es una especie de garantía de que tampoco disgustarán al aparecer todas juntas. Bien es verdad que algunas personas de esas que afectan aparecer graves, y que tienen entendimiento suficiente para ver que son cuentos hechos con ánimo de divertir, y que la materia no es lo más importante, las han mirado con desprecio; pero hemos tenido la satisfacción de ver que la gente de buen gusto no ha opinado del mismo modo.

Y así, se han complacido en notar que tales bagatelas no eran simples bagatelas, que encerraban una moraleja útil, y que el relato divertido en que venían envueltas no había sido elegido sino para hacerlas entrar más agradablemente en el ánimo, y de un modo que instruyera y deleitara al mismo tiempo. Ello debería bastarme para no temer el reproche de haberme entretenido en cosas frí-

volas. Pero como tengo que habérmelas con mucha gente que no se contenta con razones y que no puede ser convencida sino por la autoridad y el ejemplo de los antiguos, voy a satisfacerles al respecto.

Las *Fábulas Milesias*<sup>1</sup>, tan célebres entre los griegos, y que hicieron las delicias de Atenas y de Roma, no eran de otra especie que las fábulas de esta colección. La historia de la *Matrona de Éfeso*<sup>2</sup> es de la misma naturaleza que la de *Grisélidis*: una y otra son novelas, es decir, relatos de cosas que pueden haber sucedido, y que no tienen nada en absoluto que ofenda a la verosimilitud. La *Fábula de Psiquis*<sup>3</sup>, escrita por Luciano y por Apuleyo, es una pura ficción y un cuento de viejas como el de *Piel de Asno*. Igualmente vemos que Apuleyo hace que una vieja se lo cuente a una muchacha que había sido raptada por unos ladrones, del mismo modo que el de *Piel de Asno* se lo cuentan todos los días a los niños sus institutrices o sus abuelas. La fábula del labrador que obtuvo de Júpiter el poder de producir la lluvia y el buen tiempo a su antojo, y que lo empleó de tal suerte que no recogió más que paja sin un solo grano, porque nunca había pedido viento, ni frío, ni nieve, ni ningún tiempo parecido, cosa sin embargo necesaria para hacer fructificar las plantas, esa fábula, digo, es del mismo género que el cuento de

1. Así llamadas por proceder de la ciudad griega de Mileto, las «Fábulas Milesias» tuvieron gran aceptación entre el público a partir del Renacimiento.

2. Alusión a un episodio del *Satiricón*, del autor latino Petronio.

3. Psiquis era la amada de Cupido, dios del Amor, quien le había prometido felicidad eterna, siempre que no intentase ver su rostro; pero, al no cumplir lo acordado, Cupido huyó y comenzaron las pruebas de Psiquis, aunque al final fue perdonada.

*Los deseos ridículos*, sino que el uno es serio y el otro cómico; pero los dos vienen a decir que los hombres no saben lo que les conviene, y son más felices siendo guiados por la Providencia, que si todas las cosas les saliesen a la medida de sus deseos.

No creo que, teniendo ante mí tan hermosos modelos en la más sabia y en la más docta antigüedad, nadie tenga derecho a hacerme ningún reproche. Y aun pretendo que mis fábulas son más dignas de contarse que la mayor parte de los cuentos antiguos, y particularmente el de la *Matrona de Éfeso* y el de *Psiquis*, si se les mira del lado de la moraleja, cosa principal en toda suerte de fábulas, y por la que deben haber sido compuestas. Toda la moraleja que puede sacarse de la *Matrona de Éfeso* es que con frecuencia las mujeres que parecen las más virtuosas lo son las menos y, en resolución, que casi no hay ninguna que lo sea verdaderamente.

¿Quién no ve que esta moraleja es malísima, y que su intención no es otra que corromper a las mujeres con el mal ejemplo y hacerles creer que, faltando a su deber, no hacen sino seguir el camino trillado? No sucede así con la moraleja de *Grisélidis*, la cual tiende a inducir a las mujeres a aguantar a sus maridos, y a hacerles ver que no hay ninguno tan malcriado ni tan raro, al que no pueda hacer entrar en razón la paciencia de una mujer honesta. En cuanto a la moraleja oculta en la *Fábula de Psiquis*, fábula en sí muy agradable e ingeniosa, yo la compararé con la de *Piel de Asno* cuando la sepa, porque hasta ahora no he podido adivinarla. Bien sé yo que *Psiquis* significa el alma; pero no alcanzo a comprender qué se quiere dar a entender con eso de que el Amor está enamorado

de Psiquis, es decir, del alma, y menos aún cuando añade que Psiquis sería feliz en tanto no conociera al que la amaba, que era el Amor, pero que sería muy desgraciada desde el punto y hora en que llegara a conocerlo: es éste un enigma para mí impenetrable. Todo lo que puede decirse es que esta fábula, lo mismo que la mayor parte de las que nos quedan de los antiguos, no fue hecha más que para agradar, sin consideración a las buenas costumbres, que descuidaban en gran manera.

No sucede lo mismo con los cuentos que nuestros antepasados inventaron para sus hijos. No los contaron con la elegancia y el artificio con que los griegos y los romanos adornaron sus fábulas, pero tuvieron siempre un gran cuidado de que sus cuentos encerrasen una moraleja loable e instructiva. Allí la virtud es siempre recompensada, y el vicio castigado. Todos tienden a hacer ver la ventaja que supone ser cortés y biencriado, paciente, avisado, laborioso, obediente, y el mal que acaece a los que no lo son. A veces se trata de hadas que, a la joven que les haya contestado con amabilidad y cortesía, le otorgan el don de que, a cada palabra que diga, le salga de la boca una perla o un diamante; y a la joven que les haya contestado con descortesía, que a cada palabra le salga de la boca un sapo o una rana. A veces se trata de niños que, por haber sido muy obedientes a su padre o a su madre, llegan a ser grandes señores, o de otros que, habiendo sido viciosos y desobedientes, vienen a caer en desgracias espantosas. Por frívolas y extrañas que sean todas estas fábulas en sus aventuras, no hay duda de que excitan en los niños el deseo de parecerse a los que ven llegar a ser felices, y al mismo tiempo el miedo a las des-

gracias en que cayeron los malos por su maldad. ¿No es loable que los padres y las madres, cuando sus hijos no son aún capaces de saborear las verdades sólidas y desnudas de todo artificio, se las hagan amar y, si es lícito decirlo, se las hagan tragar, envolviéndolas en relatos agradables y proporcionados a la debilidad de su edad? Es increíble con cuánta avidez esas almas inocentes, cuya natural rectitud nada ha corrompido todavía, reciben las instrucciones ocultas; se los ve sumidos en la tristeza y el abatimiento mientras el héroe o la heroína del cuento están sumidos en la desgracia, y gritar de alegría cuando llega la hora de su felicidad; del mismo modo, después de haber sufrido con impaciencia la prosperidad de los malos, están encantados de verlos finalmente castigados como se merecen. Son semillas que se lanzan, que al principio no producen más que movimientos de alegría o de tristeza, pero que germinan hasta dar buenas inclinaciones.

Hubiera podido hacer mis cuentos más agradables, mezclando en ellos esas cosas un poco libres con que se los ha solido amenizar; pero el deseo de agradar no me ha tentado jamás lo suficiente para violar la ley que me he impuesto de no escribir nada que pueda herir el pudor o el decoro. He aquí un madrigal que una joven señorita<sup>4</sup> de mucho talento ha compuesto sobre este tema, y que escribió debajo del cuento de *Piel de Asno* que yo le había enviado:

4. «Mademoiselle Lhéritier» (Nota de Perrault). [Marie-Jeanne Lhéritier de Villandon (1664-1734) era sobrina de Perrault, y probablemente compartió con él, ya viudo, la educación de los hijos del escritor.]

El cuento de Piel de Asno está contado  
con tal simplicidad  
y naturalidad,  
que no menos con él me he recreado  
que cuando ante la lumbre tornadiza,  
contándolo, mi aya o mi nodriza  
mantenían mi espíritu encantado.

Se observa en ocasiones  
ciertos rasgos y algunas expresiones  
de sátira, pero que, sin malicia  
ni hiel, harán de todos la delicia:  
en su gracia, también me ha complacido  
que sabe hacer reír y es divertido,  
de forma que ni madre, esposo o cura  
puedan hallar motivo de censura.

# Cuentos en verso





# Grisélidis

*A la Señorita\*\*1*

Al ofreceros, joven y prudente  
beldad, este eminente  
modelo de paciencia,  
jamás me he alabado  
de que en todo por vos fuera imitado,  
porque creo en conciencia  
que sería pedirlos demasiado.

Mas París, donde el hombre es distinguido  
y donde el bello sexo, que ha nacido  
justo para agradar,  
halla su más cumplido bienestar,  
está por todas partes tan henchido  
de ejemplos que le da el vicio contrario,

1. Desconocemos quién es esta «Señorita». Pudiera tratarse de la sobrina de Perrault, M. J. Lhéritier.

que no puede estar siempre protegido  
con el contraveneno necesario,  
para de su influencia preservarse  
o para liberarse.

Una dama que sea tan paciente  
como esta de que ensalzo la valía  
sería en todas partes sorprendente,  
pero en París hoy día  
un milagro sería realmente.

La mujer es aquí la soberana,  
y todo aquí, obviamente,  
se regula como le da la gana;  
en fin, es un ambiente  
tan bienaventurado,  
que sólo está por reinas habitado.

Ya veo, pues, que en estas condiciones  
Grisélidis será poco apreciada,  
y que aquí soltarán la carcajada  
con sus anticuadísimas lecciones.

Y no es que la paciencia  
no se halle entre las finas  
virtudes de las damas parisinas,  
pero, por su larguísima experiencia,  
la ciencia han adquirido  
de hacérsela ejercer sólo al marido.

A orilla de las célebres montañas  
donde el Po, deslizándose entre cañas,  
estrena su corriente  
paseando por las próximas campañas,  
vivía un joven príncipe valiente,  
gozo de su provincia y de su gente:  
cuando el cielo lo hubo formado apenas,  
ya derramó sobre él a manos llenas  
lo que tiene de más extraordinario,  
eso que de ordinario  
reserva a sus amigos sabiamente  
y da a los grandes reyes solamente.

Tenía, pues, colmado así de dones,  
de alma y cuerpo todas las perfecciones:  
robusto, ejercitado,  
al oficio de Marte<sup>2</sup>era apropiado,

2. Marte era el dios de la Guerra; «el oficio de Marte» es, por tanto, el oficio de la guerra.

y a más de todas estas buenas partes<sup>3</sup>,  
por el secreto instinto que derrama  
una divina llama,  
amaba con pasión las bellas artes.  
Le gustaba el combate, la victoria,  
el gran proyecto, el hecho valeroso,  
y en fin todo lo que hace a un nombre honroso  
perdurar en la historia;  
pero su pecho tierno y generoso  
fue más sensible aún a la alta gloria  
de hacer al pueblo suyo venturoso.

Pero un humor<sup>4</sup> sombrío oscurecía  
aquel temperamento valeroso,  
que, triste y melancólico, le hacía  
ver, en su pecho siempre receloso,  
al bello sexo infiel y mentiroso:  
en la mujer en que resplandecía  
el mérito o virtud de más rareza,  
él sólo un alma hipócrita veía,  
un ser lleno de orgullo y altiveza,  
un cruel enemigo que, implacable,  
sólo aspira de modo infatigable  
a ejercer un imperio soberano  
sobre el hombre infeliz y miserable  
que caerá en su mano.

3. «Partes»: En plural, se dice de las cualidades o excelencias naturales de una persona.

4. «Humor»: Cualquiera de los líquidos del cuerpo, que se consideraba que influían en el carácter de las personas.

El contacto frecuente con el mundo,  
donde no hay más que esposos subyugados  
y tantos traicionados,  
aumentó aún más en él su odio profundo,  
unido al aire ya de sí celoso  
del país receloso.

Y así, más de una vez había jurado  
que, aunque el cielo, por fin de él apiadado,  
hiciera otra Lucrecia<sup>5</sup>,  
jamás a la ley recia  
del himeneo se sometería.

Así pues, cada día,  
tras haber la mañana dedicado  
a asuntos del Estado,  
cuando había arreglado sabiamente  
lo necesario al régimen interno  
para la buena marcha del gobierno,  
y había preservado puntualmente  
los derechos del huérfano impotente,  
de la viuda oprimida,  
o una contribución era abolida  
que había introducido antiguamente  
una guerra forzada,  
iba la otra mitad de la jornada  
de caza, en donde el jabalí y el oso,  
a pesar de su furia y de sus armas,  
no le daban tal cantidad de alarmas

5. Dama romana que se suicidó después de sufrir una violación y ha pasado a ser el símbolo de la fidelidad conyugal.

como le producía el sexo hermoso,  
al que evitaba siempre que podía.  
Los súbditos, no obstante, a quienes guía  
y el interés apura  
de asegurarse el sucesor que un día  
los gobierne asimismo con dulzura,  
lo convidaban incesantemente  
a que les procurase un descendiente.

Un día hasta el palacio en cuerpo<sup>6</sup> fueron  
para hacer una última intentona;  
un orador con ellos se trajeron,  
el mejor por entonces de la zona,  
y de grave apariencia,  
quien dijo en su elocuencia  
lo que puede decirse en ese caso.

Hizo hincapié no escaso  
en el intenso anhelo de su gente,  
que deseaba ver con impaciencia  
del príncipe la ilustre descendencia  
que haría para siempre floreciente  
su estado; dijo incluso finalmente  
que estaba viendo un astro ya en la cuna,  
nacido de su púdico himeneo,  
el cual, según el general deseo,  
haría oscurecer la Media Luna<sup>7</sup>.

6. Todos juntos, conjuntamente.

7. Símbolo político y religioso del poderío turco y musulmán.

En un tono más llano  
y con voz menos fuerte,  
el príncipe a sus súbditos, urbano,  
respondió de esta suerte:  
«El celo y la porfía  
con que queréis llevarme en este día  
a atarme al matrimonio,  
me da mucha alegría  
y es, para dicha mía,  
de vuestro amor un grato testimonio;  
estoy sensiblemente conmovido,  
y quisiera cumplir vuestro deseo  
mañana a ser posible de corrido:  
pero a mi parecer el himeneo  
es asunto en que, cuanto más prudente  
es el hombre, halla más inconveniente.

»Observad bien a todas las doncellas:  
mientras con sus familias viven ellas,  
son un dechado de sinceridad,  
de virtud, de pudor y de bondad;  
pero en cuanto la boda se concreta  
y cae el disfraz a un lado,  
y, habiendo su destino asegurado,  
ya no tiene importancia ser discreta,  
cada una de su parte<sup>8</sup> se despoja  
después de lo que hubieron de penar,  
y dentro de su hogar  
hacen todo lo que se les antoja.

8. Aquí tiene la acepción teatral de «papel» o «personaje».

»Una, que siempre está malhumorada,  
y a quien nada le agrada,  
se vuelve una beata exasperante,  
que grita, chilla y gruñe a cada instante;  
otra, que a lo coqueta se moldea  
y sin cesar escucha o cacarea,  
en materia de amantes  
jamás tiene bastantes;  
ésta, que por las bellas artes siente  
un interés demente,  
opina y se pronuncia sobre todo  
con arrogante modo  
y, criticando como si tal cosa  
al más hábil autor, se hace preciosa,  
aquélla en jugadora se ha erigido:  
lo pierde todo entero,  
muebles valiosos, joyas y dinero,  
e incluso hasta el vestido.

»Entre tantos caminos como tienen,  
sólo una cosa veo  
en que al cabo y al fin todas convienen,  
y es en querer mandar sin más rodeo.  
Pero el caso es que yo estoy convencido  
de que no hay matrimonio conocido  
donde poder vivir en condiciones,  
si ambos quieren ponerse los calzones;  
así que si insistís en el deseo  
de que yo me aventure al himeneo,  
buscadme una beldad  
joven y sin orgullo y vanidad,

de obediencia acabada,  
de paciencia probada,  
y que no tenga propia voluntad:  
cuando hayáis encontrado tal doncella,  
me casaré con ella».

Habiendo dado el príncipe final  
a su discurso y aun sermón moral,  
sobre el caballo móntase al momento  
y corre hasta quedarse sin aliento  
a unirse a su jauría con premura,  
que lo espera en mitad de la llanura.

Después de haber cruzado varios prados,  
barbecheras y campos cultivados,  
halla a sus cazadores  
sobre la verde hierba recostados;  
al verlo se levantan y, avizores,  
hacen temblar con sus cuernos tronantes  
de aquellos bosques a los habitantes.

Los galgos ladrones  
brillan aquí y allá entre los rastrojos,  
y los sabuesos, con ardientes ojos,  
que vuelven a sus puestos de batida  
desde el fondo del bosque, donde tienen  
las bestias su guarida,  
arrastran, la mirada enardecida,  
a los criados que firmes los retienen.

Habiéndose informado  
por uno de que todo está dispuesto  
y que están sobre el rastro deseado,